

ANTECEDENTES DEL DOMINIO CULTURAL EN EL ORIGEN Y EL DESARROLLO DE LA GLOBALIZACIÓN

SARA GODOY JIMÉNEZ*

RESUMEN

En un mundo más amplio de relaciones, caracterizado por disparidades crecientes entre países ricos y pobres, por el aumento de la violencia y el terror, por las crisis económicas en serie y por el tráfico imparable de drogas, armas y toxinas, pero a la vez con el desarrollo tecnológico que reduce drásticamente las distancias geográficas y temporales, ampliando las posibilidades de intercambiar ideas, objetos y capitales se presenta en los albores del presente milenio el desafío de repensar el futuro de la humanidad, haciendo acopio de la totalidad de su producción, desde su origen al presente.

La globalización ha sido presentada ideológicamente como la gran promesa para resolver todos los problemas de las sociedades actuales, planteándose como inexorable e irreversible en sus actuales características, sin embargo, se puede falsear a partir de argumentos de la misma ciencia que le ha dado los sustentos teóricos para expandirse.

Para ello, se aborda la globalización como el contexto en el que se inscribe actualmente el desarrollo de la vida, entregando una visión evolutiva acerca de su origen y desarrollo con las controversias conceptuales y analíticas que existen sobre las diferentes interpretaciones de este fenómeno mundial.

UNA VISIÓN EVOLUTIVA DE LA GLOBALIZACIÓN

En los albores de la humanidad

Ya parece haber quedado olvidado en el tiempo que la primera globalización se inicia en rigor –si nos atenemos a los antecesores del actual homo expandiéndose por todo el planeta– de acuerdo a los estudios de la biología molecular y de la paleontología, con el proceso de expansión que lleva a cabo el Homo Erectus, al salir de África, cuna de toda la humanidad, hace aproximadamente un millón de años atrás.

Es interesante recobrar estos antecedentes, pues de ellos se pueden extraer lecciones valiosas de la evolución de nuestra especie que le ha permitido sobrevivir más de 40 mil años en diversas latitudes. Entre ellas, que cada grupo articuló ante los diferentes ecosistemas un conjunto de respuestas, producto del doble proceso de adaptación: entorno natural y social y que se articulan en un todo que hoy se denomina sistema cultural.

Kart Polanyi (1994, p. 92), lo visualiza como una dependencia de las personas respecto de la naturaleza y de las personas respecto a otras personas para obtener su sustento. De lo anterior, se puede

* Licenciada en Antropología. Docente Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Central de Chile.

inferir el lugar histórico de la economía dentro de un todo más amplio que es el sistema cultural y no al revés, en que la economía va forzando el cambio cultural. Como señala Comas (1998, p. 35), la actividad económica es una actividad institucionalizada que se realiza en el marco de unas determinadas condiciones sociales, que son las que dan unidad y estabilidad al sistema. No hay escasez por definición, como asegura el formalismo, hay formas diferentes en cada cultura de distribuir los recursos y los bienes producidos. La economía es, pues, una modalidad de la cultura.

Así, los representantes de la especie humana constituyeron sociedades concretas en tiempo y espacio, de allí que el lugar que ocupa la actividad económica en cada una de ellas varía, estableciendo, consecuentemente, formas de organización e institucionalización de los procesos económicos de carácter específico, según el número de individuos, sus formas de relación entre sí y con la naturaleza. La racionalidad económica de los bosquimanos Kung en el desierto del Kalahari, no es la misma que la de los esquimales en la tundra helada del Ártico, a pesar de ello, la pauta en común es maximizar beneficios y minimizar esfuerzos, en consideración con los ciclos de cada ecosistema:

La evolución cultural es, pues, un proceso de aprendizajes socialmente diferenciado, durante el cual una sociedad se apoya en su pasado histórico y compromete su presente político. La formación y la contestación entre las culturas tienen lugar en todos los sectores de la sociedad, incluidas las esferas económicas y políticas: las creencias y valores no son independientes de la estructura de las instituciones económicas y políticas. Pero la construcción de las instituciones sociales se ve, a su vez, influida por las creencias y los valores: en otras palabras, nada permite suponer que las instituciones sociales no sean una forma de expresión cultural. (Mohan, 1995, p. 4)

No es raro entonces que, a pesar de las muy diferentes tecnologías de apropiación, de los a su vez muy diversos recursos naturales, paradójicamente para los científicos, estas poblaciones, hasta antes de la convivencia permanente con la cultura occidental, presenten adecuados niveles de nutrición. En Chile, ello fue constatado en un estudio (Caro, 1988, p. 25) realizado entre tres grupos de indígenas mapuches, con asentamientos territoriales diferentes en la Región de La Araucanía: migrantes residiendo en la ciudad de Temuco, rurales conectados a dicha ciudad por carretera pavimentada y rurales aislados. Los niveles proteicos y de salud variaron en relación inversa a la localización ancestral, entre estos fueron los que encontraron los mejores indicadores.

La explicación, a estas y otras situaciones de bienestar social que los estudios etnográficos han constatado, se encuentra en la cosmovisión de estos grupos étnicos, en la que se encuentra una articulación entre lo social, lo emocional y lo material para la satisfacción de las necesidades que las dividen en materiales y emocionales. Como plantea Comas (1998, p. 53-54), estas dos necesidades están íntimamente relacionadas entre sí, de modo que a la hora de satisfacerlas con un mecanismo como es el intercambio, ambos aspectos están presentes. Primando un principio que enfatiza la igualdad y la cohesión social por sobre los intereses económicos individuales.

De allí entonces que resulte iluminador referirse a las modalidades que adquiere el intercambio para asegurar la satisfacción de las necesidades de todos los miembros de un colectivo. El mecanismo del intercambio opera articulando, en un horizonte de tiempo, dones, mercancías y dinero. El primero corresponde a un servicio, o bien que se da o recibe sin cálculo de su valor económico, sino social, por cuanto establece alianzas.

Una mercancía, por su parte, es un objeto o servicio que se da a cambio de otra cosa que debe responder al valor de la primera, estando sujeta a interés economizante, el que radica en su valor de

cambio. Appadurai (1986, p. 3), señala que ese valor no es una propiedad inherente a los objetos, sino una propiedad que le otorgan los sujetos. Lo destacable en esta forma de representación del valor de un objeto o servicio, es que este no se desprende en ningún momento del propósito de su producción, esto es satisfacer necesidades de un colectivo. Es un mecanismo precautorio ante la necesidad artificial de ejercer propiedad individual sobre los objetos, por el objeto en sí mismo, ya que el intercambio de mercancías tiene siempre connotaciones sociales. Se evita así, lo que en su expresión más extrema es el consumismo que hoy observamos con la consecuente presión hacia los recursos medioambientales, entre otros aspectos.

El dinero, es por lo general un objeto que tiene la capacidad de tasar el valor de objetos, servicios o personas, su uso es en esferas concretas de intercambio y, aunque tiene también connotaciones morales y emocionales, en la mayoría de los casos responde a necesidades funcionales. “Una vez más volvemos a que lo determinante no son los objetos que intervienen en el intercambio, ya sea como cosas intercambiadas o como los medios de intercambio, sino el intercambio mismo y las concepciones culturales que se tengan con respecto a él” (Comas, 1998, p. 22).

Esta visión, garantiza a las comunidades, simultáneamente, por dos vías el intercambio a futuro, pues propende a que el intercambio que se realiza, por la forma que lleva a cabo, reactualice y fortalezca las redes sociales y, a su vez, esta seguridad en el tejido social hace innecesaria la acumulación, con lo cual se preserva el ecosistema, al extraer de él solo lo que diaria o estacionalmente es imprescindible.

Para mantener dicho equilibrio, controlan también el volumen de la población, pues una variación sustantiva puede llevarles al colapso de las estrategias de adaptación creadas, conduciendo en casos extremos a la total desaparición del sistema, o bien a una mayor inversión energética para la generación de nuevas estrategias. El antropólogo Marvin Harris (1979, p. 82), basado en datos provenientes de diversos estudios de campo, formula la teoría del materialismo cultural, en ella plantea que la evolución de un modo de producción esta determinado, probabilísticamente, por la infraestructura, la que a su vez esta constituida por el modo de producción y el de reproducción. Esta última categoría alude, justamente, al conjunto de creencias y prácticas con las cuales un grupo cultural regula sus decrementos e incrementos de la población.

LOS REENCUENTROS DESPUÉS DEL AISLAMIENTO

Hasta aquí, se han invocado las relaciones de las personas, entre sí y con su entorno, para explicar las diversas concepciones culturales sobre los intercambios de bienes y de servicios, a través de la evolución de la humanidad, en las etapas políticas de banda y tribu y económicas de forrajeo y horticultura.

La noción de cultura como totalidad unitaria y compartida, autosuficiente, sin referente exterior, que determina sin ser determinada, es válida para casi dos tercios de la historia de la humanidad. Ese espacio tan vasto es el que permite inferir que de allí se pueden extraer lecciones para el presente, pero a la vez abre la interrogante acerca del tiempo en que la una de la otra ya no estuvieron separadas con espacio suficiente para expresarse y desarrollarse en forma autónoma, esto es, con la emergencia de la agricultura.

Hay antecedentes desde la época antigua sobre expansiones -babilonios, egipcios, griegos, romanos- que traen aparejadas nuevas articulaciones culturales para los pueblos conquistados. A pesar de ello, antes de la época moderna, las economías-mundo eran altamente inestables y tendían a convertirse en

unidades políticas, en imperios-mundo, es decir, se constituían verdaderos “mundos” o entidades económico-materiales que integraban en su seno diversas culturas, sin abarcar por ello a todo el planeta.

Por esta razón, se reconoce a la expansión del mundo europeo como la primera etapa del proceso que lleva a la actual globalización. Se inicia con los descubrimientos marítimos y la revolución mercantil a fines del siglo XV e inicios del XVI, “cuando los europeos se hicieron a la mar, desarrollando una economía transoceánica de orientación comercial, los pueblos de todo el mundo entraron en la esfera de influencia de Europa” (Kottak, 1994, p. 186). Tiene una segunda etapa con la Revolución Industrial, del siglo XVIII al XX, la que posibilita la producción industrial de bienes. Su clave reside en una innovación que evoluciona para mantener un sistema existente pero, a su vez, en el tiempo, jugará un papel decisivo en el cambio de tal sistema, haciendo emerger nuevas respuestas adaptantes que otorgan otras características, a partir de la segunda mitad del siglo XX que correspondería a la tercera etapa del proceso de globalización.

Al respecto, Guimaraes (2001, p. 6) ofrece una interesante comparación sobre dos procesos diferentes de expansión de los europeos “No suena muy «moderno» y quizás esté incluso fuera de lugar hacerlo al iniciarse un milenio más, siempre colmado de promesas, pretender ofrecer una mirada a los desafíos actuales a partir de la óptica del desarrollo territorial o de la sustentabilidad, algo por cierto «políticamente incorrecto» al menos desde la *ideología* de la globalización actual, característicamente acrítica y conformista”. En verdad, un milenio que en su versión anterior se había inaugurado también con un intento de “globalización”, en ese caso la de la civilización cristiana y occidental a través de las ocho Cruzadas. Expediciones que, más allá del carácter caballeroso y noble que nos enseñan los libros de historia, se organizaron en los hechos como expediciones militares para abrir nuevas rutas al comercio, conquistar territorios musulmanes o simplemente resolver disputas feudales. No muy distintas, pues, de las “cruzadas” actuales, supuestamente a nombre de valores superiores y más civilizados como los del libre mercado y de la libre circulación de capitales.

Por ello, al referir a la globalización no puede dejar de abordarse el fenómeno que consolida su existencia, esto es el sistema capitalista, con la connotación simbólica con la que públicamente se expande, es decir el desarrollo.

Wallerstein (1988, p. 7), considera el capitalismo como un sistema social histórico que se va conformando como una unidad económica que integra múltiples sistemas políticos, llegando a abarcar toda la superficie del globo, lo cual lo ha llevado a durar más de quinientos años, la moderna economía-mundo sólo puede ser una economía-mundo capitalista. Define al capitalismo como un “escenario integrado, concreto, limitado por el tiempo y el espacio” de las actividades productivas, dentro del cual, la incesante acumulación del capital ha sido objetivo o ley económica que ha gobernado o prevalecido en la actividad económica fundamental:

En un sistema de esta clase existe una extensiva división del trabajo, que no es meramente funcional, sino también geográfica. Las tareas económicas no se distribuyen uniformemente y esto conduce a una jerarquización del espacio, al intercambio desigual a través de la fuerza del centro que se impone sobre la periferia. Esta expansión geográfica se realiza por medio de la coerción política, la búsqueda de mercados y la búsqueda de mano de obra barata, llegando a producirse una verdadera polarización entre las distintas zonas del mundo. (Comas, 1998, p. 58)



La participación de Estados Unidos resulta crucial en la expansión del capitalismo bajo la etiqueta de desarrollo. Según lo señala Esteva:

“Al final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ocupa sin disputa el centro del mundo, con el deseo de consolidar esa hegemonía y hacerla permanente concibieron una campaña política de escala global que ostentaba claramente su sello. Incluso concibieron un emblema apropiado para identificar esa campaña. Así el presidente Truman en su discurso al acceder a su cargo, señala: *Debemos embarcarnos en un programa completamente nuevo para hacer accesibles los beneficios de nuestros avances científicos y de nuestro progreso industrial, de tal forma que las áreas subdesarrolladas puedan crecer y mejorar. El viejo imperialismo -explotación en provecho foráneo- no tiene cabida en nuestros planes. Lo que tenemos en mente es un programa de desarrollo basado en los conceptos de trato justo democrático.* Ese día, dos mil millones de personas se convirtieron en subdesarrollados dejaron de ser lo que eran, en toda su diversidad, y se metamorfosearon en un espejo que los empequeñece y los envía al final de la cola, un espejo que define su identidad en los términos de una estrecha y homogeneizadora minoría”. (2000, pp. 68-70)

La metáfora del desarrollo confirió hegemonía global a una genealogía de la historia puramente occidental, robando a las gentes y pueblos de distintas culturas la oportunidad de definir las formas de su vida social (Esteva, 2000, p. 73).

Por ello, hay autores (Cowen y Shenton, 1995; Escobar, 1997; Esteva, 2000; Rist, 1996) que plantean que no hay estilos de desarrollo alternativos porque el estilo capitalista para poder mantenerse necesita de cambios, esto es para que se perfeccione la relación mercantil, se requiere que algo cambie para lo que existe pueda seguir existiendo. La modernización, entonces, es un proceso continuo e interminable de seguir desde atrás los cambios de los países capitalistas.

Por estas críticas, los resultados no auspiciosos obtenidos, los cambios en los escenarios económico-políticos, Estados Unidos, a partir de la década de los setenta, adopta la estrategia de despersionar su participación en el impulso de los siguientes cambios macroeconómicos. Participa del llamado Consenso de Washington a través de su Departamento de Estado junto al Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial para elaborar las nuevas normas que regulan las economías de las naciones del mundo, la imagen que se proyecta es la de organismos multilaterales liderando.

Bajo dichas directrices -que se sustentan en un conjunto de ideas de corte neoclásico y que se articulan en el modelo denominado neoliberal- ahora la expansión geográfica se realiza porque las empresas se localizan parcialmente en diversos países, fragmentando el mercado de trabajo para bajar sus costos y eludir la tributación. Así, resultan más competitivos en los mercados, con mano de obra barata, como, así mismo, con recursos humanos altamente calificados, debido a la introducción de procesos productivos altamente tecnologizados. El cambio instala una nueva forma de organizar el trabajo productivo que articula de forma diferente las relaciones entre grandes, medianas y pequeñas empresas, lo que trae aparejado una mayor fragmentación de la fuerza de trabajo ocupada.

Hasta el presente, dicho modelo económico que permite la continuidad del sistema capitalista y que impulsa la globalización, ha transitado por dos etapas:

“...en la primera predominó un discurso ortodoxo neoclásico que impulsa una reestructuración económica, capaz de reestablecer las condiciones para un desarrollo capitalista genuino, esto es que el capital privado pueda recuperar el rol protagónico en los procesos de acumulación y creci-

miento. En la segunda, el discurso es influenciado por las nuevas teorías del crecimiento, en él destacan la importancia del capital humano y técnico, cuyo aumento es endógeno, se comienza a aceptar la existencia de rendimientos crecientes y se reconoce un papel más importante al Estado en las políticas públicas”. (De Mattos, 1999, pp. 2-3)

El cambio de estrategia macroeconómica del modelo favorece la internacionalización de cada economía nacional, este proceso de transformación queda inscrito en el territorio, llegando a producirse una profunda polarización entre diferentes regiones del mundo que se reproduce a la vez en las ciudades capitales. En Santiago, “al profundizarse la dinámica de la globalización, junto a la conformación de una nueva arquitectura productiva dominante, comienza a consolidarse una nueva base económica metropolitana” (De Mattos, 2002, p. 3). Ella, acentúa la segmentación y dualización de la estructura ocupacional, estableciendo un patrón de desigualdad social entre sectores con altos ingresos, en coexistencia con un gran sector con precarias condiciones laborales. La polarización social conlleva los problemas tales como la conflictividad social, la violencia, la drogadicción y en especial, uno de los más que más inciden en la acentuada sensación de inseguridad ciudadana, la delincuencia.

El capitalismo continúa en expansión, ya no requiere de la coerción política, pues la ideología del desarrollo sustenta la firma de acuerdos internacionales en las diversas materias y tiende a mercantilizar todas las cosas, todos los procesos que intervienen en el ciclo del capital e incluso, todas las relaciones sociales. Como señala actualmente el PNUD (1998, p. 15), “los cambios registrados en los últimos años afectan especialmente la vida cotidiana de la gente y su sociabilidad, con sus tejidos familiares y comunitarios, sus valores e identidades”.

Ello, ha generado ejes de tensión bajo la etiqueta de modernización a través de la cual se expande el cálculo medio-fines desde la economía a diversos campos de la vida social, transformando la concepción de individuo e introduciendo el valor de la mercantilización de las relaciones humanas. El despliegue de esta racionalidad instrumental se ha ido transformando en un fin absoluto otorgando a la sociedad su eficiencia y dinamismo, sin embargo, ella no ha sido puesta en relación con la dimensión subjetiva del desarrollo, pues no hay modernidad al margen de las personas, de sus valores y afectos.

MARCOS CONCEPTUALES Y ANÁLISIS DE LA GLOBALIZACIÓN

¿A qué alude la globalización? Dado que es un fenómeno de tal expansión e implicancias para la vida actual, ha sido ampliamente estudiado por las diversas disciplinas de las ciencias sociales y, al interior de ellas, se han producido interpretaciones contrapuestas. Esto, debido a dos fenómenos, por una parte el carácter fragmentario de la ciencia, por lo cual los resultados acerca de un mismo objeto de estudio varían según las variables que se seleccionen para su investigación, por otra, porque hay secreta o públicas implicancias con sus resultados “quisiera definir lo que es la globalización en sí y lo que es la oposición a ella, digamos un tipo de visión histórica contemporánea (...) después qué tipo de actores pueden formarse a favor o en contra -y yo estoy más interesado en los que están en contra- de estas tendencias o realidades bien o mal interpretadas” (Touraine, 2001, p. 29).

La vieja discusión acerca de la objetividad de la ciencia se pone aquí en el medio del tapete, con evidencias incuestionables sobre el carácter interpretativo de este paradigma y no de “verdad” como muchos han querido ver en las fórmulas con que observan y procesan los datos. En especial, la economía que ha contribuido por medio de sus modelos teóricos, con los argumentos necesarios para la



construcción de la ideología primero del desarrollo y en el presente de la globalización con los que se organiza la economía mundial, pasando de unos a otros, hasta que el “laboratorio de prueba” estalla –es decir las naciones sobre las que se aplican sus fórmulas.

Para ilustrarlo, baste con una breve reseña histórica de dichos modelos, según De Mattos (2002, p. 1), la aplicación del modelo fordista genera la crisis del 29, allí recién se imponen las ideas centrales de Keynes, los desequilibrios del capitalismo no se absorben automáticamente, pudiendo generar una crisis profunda, para evitarla se requiere de una intervención exógena al mercado, papel que se le atribuyó al Estado, después de haber verificado que así ocurría. La nueva crisis surge en la década de los '60 de la misma solución, debido a que aumentan los costos de producción, por los gastos que genera el Estado de Bienestar en salud, educación, apoyo a sindicatos, entre otros, los cuales se sacan de la estructura productiva vía tributaria. Así, al buscar una salida al agotamiento del modelo de crecimiento hacia adentro vía industrialización sustitutiva, un discurso ortodoxo neoclásico impulsa una reestructuración económica, para que el capital privado pueda recuperar el rol protagónico en los procesos de acumulación y crecimiento. Las demandas de nuevos cambios, se intensifican en América Latina desde mediados de la década de los años setenta, la mayoría de los países latinoamericanos comenzaron a aplicar, con diverso impulso e intensidad, una receta postulada en lo que se denomina el Consenso para los países en desarrollo por diversos organismos multilaterales, especialmente el FMI y el Banco Mundial.

Con estos y otros antecedentes, las ciencias sociales inician en la década de los sesenta los estudios sobre las interconexiones de las economías entre las diversas regiones, a partir del interés despertado por el desarrollo del Tercer Mundo. Se suponía de acuerdo a la teoría de la modernización que todas las sociedades, partiendo de distintas situaciones y distintas velocidades, seguían el mismo camino hacia la “modernidad”, el debate era si había divergencia o convergencia en los resultados del proceso.

La obra de Wallerstein (1997, pp. 44-45) rompe con los estrechos esquemas de la modernización, en lugar de analizar el Tercer Mundo como marginales y recién llegados a la modernidad, los considera parte sustancial en la formación de la economía-mundo como totalidad, pasando a estudiar cómo se insertan en ella. Apoyándose en la teoría de la dependencia, considera que el subdesarrollo y el desarrollo están estructuralmente ligados y que no es evidente que pueda pasarse de una situación a otra. Los países desarrollados nunca estuvieron subdesarrollados, no parten de las condiciones de dependencia económica, tecnológica y financiera que observan las regiones subdesarrolladas. Hay una reproducción dependiente estructural de las sociedades subdesarrolladas que se genera en el intercambio desigual que se produce en la esfera de la división del trabajo a escala mundial y en la esfera de la circulación. El capitalismo, entonces, contiene una paradoja, pues la economía-mundo como totalidad devine del sentido unitario del sistema económico, pero enmascara el hecho de que solo el mercado es unitario, en cambio la mano de obra se ve fragmentada por fronteras nacionales, clases sociales, diferencias regionales y/o étnicas.

Es interesante resaltar el hecho de que a pesar de utilizar diferentes ópticas de análisis, la teoría de la modernidad y la de la dependencia tienen una conclusión en común, los centros impulsan el cambio social, mientras que las periferias se adaptan a ellos. Lo mismo ocurre en el presente, respecto del modelo liberal con su específica globalización, producto de la aplicación de las directrices emanadas del Consenso de Washington. Ellas son: disciplina presupuestaria; cambios en las prioridades del gasto público, reforma fiscal encaminada a buscar bases imponibles amplias y tipos marginales moderados; liberalización financiera, especialmente de los tipos de interés; búsqueda y mantenimiento de tipos de

cambio competitivos; liberalización comercial; apertura a la entrada de inversiones extranjeras directas; privatizaciones; desregulaciones; garantía de los derechos de propiedad.

Aun con estas y muchas otras evidencias empíricas y científicas existen profundas diferencias a la hora de evaluar los resultados obtenidos con su aplicación, tanto entre la ciudadanía y los gobiernos, como entre los científicos. Como lo señala Joan Mohan (1996, p. 1) en el capítulo I del Primer Informe Mundial de Cultura, ciertamente, los economistas ortodoxos defienden de modo casi incondicional, la globalización y la liberalización. El liberalismo económico, en particular, propugna un modelo rigurosamente uniforme de instituciones económicas y de políticas públicas para todos los países, ricos o pobres. Esta doctrina se apoya en la afirmación de que los beneficios económicos mutuos, para todos los estados activos en los mercados internacionales, serán máximos cuando dichos mercados estén libres de todo intervencionismo y de cualquier traba reglamentaria. Argumentos análogos se aducen a favor de la no intervención en los mercados interiores. Así, en ausencia de medidas proteccionistas y otros obstáculos para su buen funcionamiento se espera que los mercados mundiales y nacionales nivelen la productividad, los precios y las rentas entre los países y en el interior de los mismos. Aunque sean defendidos *urbi et orbi*, estos argumentos, y los modelos económicos en los que se apoyan, no están universalmente aceptados. La principal objeción que se les puede presentar es que los mercados integrados a nivel mundial no pueden favorecer por igual a las economías fuertes y a las economías débiles. Hay fuerzas económicas poderosas que producen y mantienen desigualdades de desarrollo entre los países y en el interior de los mismos. Estas fuerzas influyen fuertemente en los enormes desequilibrios económicos que existen entre los países y que, en líneas generales, han aumentado claramente en los últimos cuarenta años.

Según William Greider (1997), los países pobres podrán sacar partido de las posibilidades que ofrecen los mercados y las tecnologías sólo si se dan las siguientes condiciones: a) intervenciones estratégicas del estado sobre los mercados y una gestión económica a largo plazo, tanto en el plano interior, como en el exterior; b) constitución de comunidades activas a varios niveles, en lugar de una intervención mínima del estado, como preconiza la ortodoxia liberal.

Sin embargo, el propio modelo reduce el rol del Estado sólo a la expresión de normar para facilitar la expansión del actual capitalismo debilitando, progresivamente, los sentimientos de autonomía nacional y amenazando las tradiciones, creencias y valores que sustentan los diversos modos de vida.

Algunos observadores ven la globalización de la economía como una apisonadora que dejará tras sí un mundo uniforme, poblado por hombres y mujeres unidimensionales que, a la manera de los monocultivos, habrán perdido su potencial creador y su capacidad de adaptación. Pero también en este terreno la globalización tiene sus partidarios, que esperan que acabe por limar las diferencias, algunas muy visibles y otras más insidiosas, que han dividido durante mucho tiempo a la humanidad, y que permita sentar las bases de una cooperación mundial, enormemente necesaria. Esta esperanza parece, empero, reposar sobre la perspectiva, aún no realizada, de una reducción progresiva de las desigualdades a nivel mundial. (Mohan, 1996, pp. 2-3)

Por su parte, el liberalismo económico tiende a considerar la cultura, sea como un epifenómeno desdeñable de la economía, sea como un terreno sobre el cual se ejercen opciones individuales que el libre cambio favorecerá o satisfará. La libertad cultural, entendida como la capacidad colectiva para "satisfacer una de nuestras necesidades más fundamentales, el derecho a definir cuáles son justamente esas necesidades" (Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo, 1996). Ese concepto, ni siquiera

figura en el léxico liberal, sin embargo, esta necesidad esencial se encuentra actualmente amenazada a la vez por una serie de fuerzas y por una falta de vigilancia a nivel mundial. Esta amenaza sobre la libertad cultural no puede sino poner en peligro a la democracia y a las comunidades humanas.

De allí, entonces, la importancia que tiene en este momento de la historia de la humanidad reevaluar en la era global la relación entre la cultura y el desarrollo. Como lo señala Van der Staay:

“...vemos la globalización como un proceso en el que las ideas y los comportamientos se propagan a gran escala: mundial, o al menos abarcando grandes áreas geográficas. En debates sobre el tema, la globalización se ve principalmente desde un punto de vista cultural o económico. La globalización en el sentido económico se ve frecuentemente como la extensión de los esfuerzos económicos y las actividades empresariales de los países industrializados a otras partes del mundo. Es necesario destacar enormemente el inmenso impacto social de este proceso. La influencia de los viajes, las migraciones y los medios de comunicación intensifican la comunicación entre las distintas partes del mundo. Suponemos que cuanto más densas sean las comunicaciones internacionales, más ideas y creencias adoptará un país dado de otras culturas o, expresado de otro modo, se incrementará el proceso de transmisión cultural...”¹

Así también lo expresa Comas (1998, p. 41), la expansión del capitalismo es un fenómeno económico, que tiene efectos sobre las distintas sociedades. La hegemonía de la economía de mercado es tal que ningún rincón del mundo queda fuera del sistema y eso no solo afecta las economías locales, sino también a la organización social, a las formas de vida y a la identidad de los pueblos. Así, pues, la expansión del mercado ha supuesto la formación de una economía-mundo, pero también la globalización cultural. Ha supuesto, por tanto, la existencia de un sistema global, con dimensiones económico-políticas y culturales.

Castell (1997), aporta al análisis de la dimensión cultural con su noción de sociedad informacional, entregando una interesante distinción acerca del impacto diferencial de la innovación tecnológica, señalando que, mientras los cambios que hicieron posible el sistema industrial se ciñeron a un sector concreto de la economía, la actual revolución informacional involucra a todas las ramas de la actividad de una sociedad, incluso en la esfera de la vida privada.

Hay otros autores que reconociendo esta noción, la supeditan a la de globalización neoliberal, según Barbero (2000, pp. 17-18), en América Latina la globalización económica es percibida sobre dos escenarios: el de la apertura nacional exigida por el modelo neoliberal hegemónico y el de la integración regional con que nuestros países buscan insertarse competitivamente en el nuevo mercado mundial. Ambos, colocan la “sociedad de mercado” como requisito de entrada a la “sociedad de la información. El escenario de la apertura económica se caracteriza por la desintegración social y política de lo nacional, ya que la racionalidad de modernización neoliberal sustituye los proyectos de emancipación social por las lógicas de competitividad, cuyas reglas no las pone ya el Estado sino el mercado, convertido en principio organizador de las sociedades en su conjunto.

¹ Van der Staay, A. (1996). La opinión pública y la ética universal: un estudio descriptivo de datos de encuestas existentes. *Informe Mundial de la Cultura. Capítulo 16*, UNESCO.

Finalmente, cabe destacar que los complejos efectos señalados anteriormente, solo pueden ser abordados a la luz de una comprensión holística de ellos, pues poseen una lógica subyacente de articulación que escapa a la fragmentación conceptual con que se analiza. Por ello, desafía a quienes han estado en la tarea de producir marcos teóricos -globalización, economía-mundo, mundialización, sociedad informacional- a ser capaces de integrar las diferentes ópticas de reconstrucciones para poder develar las matrices de intersección de los diferentes elementos constitutivos del fenómeno.

CONCLUSIONES

No es tarde para recordar que la existencia actual de la humanidad en el planeta sólo ha sido posible gracias al conjunto de diversas respuestas adaptantes que generó un largo proceso que se inicia alrededor de cuatro millones de años atrás en África Oriental, en un mundo en constante cambio, fruto de las oscilaciones del eje terrestre que generaron alternancias notables en las temperaturas en las diferentes latitudes.

La globalización es una obra que se inscribe dentro de este proceso de adaptación a dichas condiciones, iniciada por ancestros, incluso anteriores a la actual especie, que en la búsqueda de nuevas oportunidades se expandieron por todo el planeta, cruzando mares y desiertos sin contar con “los adelantos tecnológicos de la ciencia”, hasta llegarlo a ocupar en todos sus continentes hace unos cuarenta mil años antes del presente y producto de todos los desafíos enfrentados, llegar a contar con todos los rasgos que caracterizan a la actual especie, el homo sapiens sapiens, la única que sobrevivió a todos los cambios que ocurrieron en el planeta en el transcurso de dicho paso del tiempo, gracias a las transformaciones en su vida gregaria y en su estructura genética.

Ante las actuales condiciones de transformación –sociales, económicas, políticas, medioambientales– que enfrenta el mundo globalizado y los esfuerzos encaminados para afrontarlas, el acuerdo supranacional de los Objetivos para el Milenio, entre tantos otros, pareciera relevante rescatar desde aquella larga historia las principales ventajas comparativas que resolver con éxito todas las pruebas.

Destaca el hecho de que la misma especie logra cimentarse a través de un complejo evolutivo, que funciona de manera sinérgica, integrando la totalidad de sus respuestas adaptantes en una configuración que contempla sus dos herencias, genética y social, que se transmite a los descendientes a través de la memoria filogenética que incluye tanto mecanismos para la homeostasis celular, como para el aprendizaje social, los que posibilitan la relación que establece con el entorno social y natural.

Dicho legado, no sólo le permite sobrevivir, sino sentar las bases de una convivencia en equilibrio con los otros. Todos “los otros”, tanto los humanos, como los no humanos y que hasta el presente podemos recoger en cada una de las cosmovisiones de los pueblos aborígenes que aún sobreviven. Se evitó la supremacía de individuos o grupos dentro de la especie, como de ella sobre las otras especies, animales, ni vegetales. La concepción de sí mismos los situaba dentro de una totalidad más amplia que tenía una lógica de articulación que le trascendía, pero de la que a la vez era consciente.

Siendo una única especie, la diversidad cultural de la humanidad surge de la plasticidad y creatividad con que cada grupo disperso por el planeta hizo uso y a la vez enriqueció dicho legado, con particulares respuestas ante coordenadas espaciales y temporales diferentes. Así, hace ya 40.000 años que ningún ecosistema le resultó hostil para reproducir la vida, desiertos, tundras, altiplanos, manglares,

selvas, etc. Los sistemas de creencias respecto de los recursos, fruto de esta larga experiencia de adaptación, son exactamente opuestas a las ideas que sostiene la economía, con menos de 200 años de existencia. No hay recursos escasos para necesidades ilimitadas, sólo hay necesidades que pueden ser satisfechas con los recursos existentes.

Entre las tareas del presente, tal vez una de ellas pueda ser contribuir a reconocer y validar este legado, para luego visualizar las formas de articulación entre “lo nuevo” con “lo antiguo”. El proceso ya se ha iniciado, una de sus manifestaciones, entre muchas otras, ha sido la gran atención que recibieron las islas Phuket y Phi Phi, por parte de los medios de comunicación mundiales en el año 2005, debido a que resultaron muy afectadas en diciembre de 2004 por el violento tsunami en el sureste asiático que acabó con la vida de más de doscientas mil personas. Estos medios, centraron enseguida su atención en la baja mortalidad entre los Moken² como consecuencia del desastre, por ejemplo, en la isla Surin del Sur de los 200 habitantes Moken sólo murió un anciano minusválido.

El 26 de diciembre, el jefe de los Moken escrutó el cielo y el mar y dio a su tribu la orden de subir a la montaña. Su ancestral conocimiento del mar les permitió salvar su vida, aunque sus asentamientos y cerca de la quinta parte de sus barcas fueron destruidas. La mayoría de los Moken no saben leer ni escribir por lo que transmiten sus tradiciones por vía oral de una generación a otra. Entre estas tradiciones se encuentra el esperar "*la ola que se traga a la gente*" en el caso de que el mar se retire de las costas de forma rápida y profunda; ese conocimiento les instó a huir hacia el interior de las islas en el momento que detectaron los síntomas. (UNESCO, 2005)

No sólo aportan con su conocimiento sobre la naturaleza y sus eventos catastróficos, sino también ciertas prácticas que resguardaron de la tan temida explosión demográfica, entre ellas por ejemplo “cuando los ancianos sienten que ya no son útiles para la comunidad, no es raro que pidan que se les abandone en una isla desierta para morir” (UNESCO, 2005). Parece brutal a primera vista, pero es el mismo principio que aparece en diversos grupos étnicos. Siempre prevalece el valor de la extensión de la vida del colectivo por sobre la individual, cuando esta última puede poner en riesgo a la primera, la elección no presenta ambigüedad alguna. Otro ejemplo de ello lo constituye, entre los esquimales, la práctica del infanticidio de niñas hasta que naciera el primer varón dentro una familia, ello en tanto que cualquier decremento del número de los varones podía poner en riesgo el sustento del colectivo, ya que una proporción elevada del sustento la aportaban los hombres.

Finalmente, los Moken, –por tomar uno entre tantos pueblos ancestrales que lograron llegar hasta el presente– pasando por lo desafíos de los diversos contactos culturales, también nos enseñan como sobrevivir a ellos,

“[...] fue al parecer el temor de ser convertidos por la fuerza al Islam, en expansión en esa región a partir del siglo XIV, lo que los incitó a mantenerse al margen a fin de preservar su identidad cultural. [...]. Si bien, sus reducidas comunidades están organizadas en flotillas y su estructura responde a un sistema de parentesco, las relaciones interpersonales siguen estando regidas por la oposición entre “nosotros” y “los demás”. La historia les ha enseñado a temer al forastero y ha desarrollado en ellos un instinto de huida, inevitablemente, hacia el mar. Hoy [...], los Moken aparecen cada vez menos en sus habituales fondeaderos. Huyen otra vez. Pero ¿de qué? Ya no del

² Los Moken son un grupo de entre 2000 a 3000 gitanos del mar que mantienen una cultura ancestral basada en el mar. Su idioma no se parece a ningún otro y probablemente emigraron a islas del mar de Andaman desde China hace 4.000 años (Wikipedia, 2006)

proselitismo religioso ni de la servidumbre, sino de la pesca con dinamita y de la transformación de sus territorios de pesca y recolección tradicional en zonas de producción industrial. ¿Podrán sobrevivir una vez más?”³

Es de esperar que ellos tengan otra oportunidad, la que se les negó en Chile a otros grupos que tuvieron una organización muy similar, esto es los nómades del mar que habitaron en los canales de la Patagonia, los yaganes y kawaskar ya extintos, justamente producto del encuentro cultural asimétrico.

La responsabilidad es todos y cada uno de los miembros de la humanidad, de manera muy especial de quienes toman las decisiones y de aquellos que con conocimientos especializados las retroalimentan. De estos últimos depende, justamente, la segunda parte de la tarea planteada más arriba, es decir, la articulación entre “ellos” y “nosotros”, pues sin duda no hay regreso atrás, pero si una posibilidad de construir desde el presente una forma diferente de “integración” entre las naciones.

Si de globalización se trata, pues que la nueva configuración mundial pueda construirse valorando e integrando, en las soluciones actuales, las estrategias ya ampliamente probadas a lo largo de la historia de la humanidad como exitosas y no sólo los rígidos e impositivos modelos más recientes que a pesar del corto lapso de tiempo aplicados, han contribuido a producir profundos y graves desequilibrios entre las sociedades y en el medio ambiente.

Para dejar sentado que dentro de la propia antropología, entre otras disciplinas, existen ya las bases teóricas para el debate, se menciona textual en los párrafos siguientes el aporte de Comas (1998, pp. 45-47), quién recoge de forma rigurosa, exhaustiva y sucinta las posiciones de diversos autores respecto de la globalización, sus significados e implicancias:

Robertson considera que la globalización se refiere tanto al conjunto de desarrollos que estructuran al mundo como una totalidad, como una intensificación de la conciencia de unidad del mundo. Critica el concepto de sistema mundial porque enfatiza solamente las dimensiones económicas del proceso y porque no considera la variedad y diversidad de situaciones que surgen como resultado de la articulación entre lo global y lo local. Insiste que hay dos procesos interpenetrados: la universalización del particularismo (las naciones-estado, por ejemplo) y la particularización del universalismo (las concreciones locales de procesos de carácter general). (Robertson: 1992, 8)

Friedman hace una importante aportación desde la perspectiva de la antropología social. Introduce el concepto de sistema global, que integra las formas institucionales globales y los procesos de carácter cultural, usualmente identificados con el término globalización. Aunque habla de “sistema”, lo considera como la conjunción de procesos de largo alcance, en el que se produce la articulación entre los sectores centrales y las periferias, que no ha de entenderse como una relación permanente, ya que tanto centros como periferias pueden estar en expansión o en contracción. Así pues, Friedman no se interesa tanto por la globalización, como por los procesos sistémicos globales, es decir, no trata de la difusión de ideas, formas de vestir u objetos culturales, sino sobre la estructura de las condiciones en que tal difusión ocurre. (Friedman: 1994a)

El sistema global es el contexto en el que surge la conciencia de la diferencia, la identidad de grupos humanos como pueblo. Es el marco, pues en el que surge la configuración de lo que denominamos “culturas”. La especificidad cultural, por tanto, nunca puede ser explicada como un dominio autónomo, o

³ Wikipedia. “Los Moken” http://es.wikipedia.org/wiki/Pueblo_Moken.



como un conjunto de rasgos propios. Lo que podemos delimitar como una configuración cultural específica es, de hecho, un resultado de la articulación de determinados grupos humanos con el sistema global. El propio proceso de globalización conduce a la fragmentación de las identidades. De ahí que, mientras se insiste en la homogeneización cultural que parece estar produciéndose en el mundo, aparecen nuevos movimientos que reivindican la especificidad. La cultura no es fruto de una esencia, sino de la práctica, no es fruto de una determinada organización del comportamiento, sino de las relaciones sociales que transfieren proposiciones acerca del mundo (Friedman: 1994c: 207) (...) Mientras se produce una universalización de las instituciones políticas o de los medios de comunicación, se multiplican los proyectos locales o las estrategias localizadas (Friedman: 1994c,210-211). De ahí que resurjan los nacionalismos, o que tomen nuevo auge los movimientos indigenistas.

Estamos frente a intensos procesos de aculturación y transculturación, pero es un fenómeno preferentemente unidireccional, producto de que las fronteras cada vez dividen menos para el paso de mercancías de las grandes empresas y del capital transnacional, pero a su vez son infranqueables legalmente para ciertos actores sociales, como es el caso de mexicanos y cubanos a Estados Unidos. A su vez, la globalización nos integra a todos para experimentar de manera democrática, los efectos de la disminución de la capa de ozono, la contaminación ambiental, la desestabilización en los mercados de valores como consecuencia de la guerras o errores de algún modelo económico, pero no así de las ganancias que obtienen quiénes les producen, sean multinacionales o países, como en el caso de la última guerra, iniciada como cruzada antiterrorista por Estados Unidos.

Tal vez, la intensificación de la conciencia de unidad del mundo a la que refiere Robertson pueda, frente a eventos a gran escala -como los desastres de la naturaleza que se empiezan a observar cada vez con mayor potencia, terremotos, tsunamis y huracanes- interpelada por la necesidad de una ética universal, con la cooperación entre diferentes pueblos con intereses y culturas distintas, incentivar acciones sobre los procesos sistémicos globales, introduciendo modificaciones sobre la estructura de las condiciones en las que genera en el presente el intercambio cultural.

BIBLIOGRAFÍA

- Appadurai, A. (1986). Introduction: commodities and the politics of value. Appadurai, A. (Ed.). *The social life of things. Commodities and cultural perspective* (pp. 3-63). Cambridge University Press.
- Appadurai, A. (1997). *La globalización y la imaginación en la investigación*, www.unesco.org/issj/rics160/appaduraispa.html
- Barbero, M. (2000). Globalización y multiculturalidad: notas para una agenda de investigación. En Moraña, M. (Ed.). *Nuevas perspectiva desde/sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales* (pp. 17-29). Santiago: Cuarto Propio.
- Caro, A. (1988). *Estudio comparativo de los niveles alimentarios en tres grupos mapuches*. Temuco: Universidad de la Frontera.
- Castells M. (1997). *La Era de la Información*, Barcelona: Alianza.
- Comas, D. (1998). *Antropología económica*. Barcelona: Ariel.

- Cowen, M y Shenton, R. (1995). The invention of Development. Jonathan Crush (Ed.), *Powers of development* (pp. 27-43). New Cork.
- De Mattos, C. (1999). Ciudades y territorios en un espacio mundial globalizado y competitivo. *Textos Seminario Desarrollo Regional* (pp. 1-31). Santiago: Doctorado en Estudios de las Sociedades Latinoamericanas, Universidad Arcis.
- De Mattos, C. (2002). Expansión metropolitana en América Latina: ¿revolución urbana bajo la globalización? Trabajo preparado para el Seminario Nacional *Metrópolis: entre a coesão e a fragmentação, a cooperação e o conflito*. Organizado por el Observatório de Políticas Urbanas e Gestão Municipal, Santiago, Versión preliminar entregada en el Programa de Doctorado en Estudios de las Sociedades Latinoamericanas.
- Escobar, A. (1997). Anthropology and Development. *International Social Science Journal*, 154, 497-515.
- Esteva, G. (2000). Desarrollo. *Antropología del Desarrollo*. Viola, A. (comp.) pp. 67-101, Barcelona: Paidós.
- Friedman, J. (1994^a). Toward a Global Anthropology, *Cultural Identity and Global Process* (pp. 1-14). Londres: Sage.
- Friedman, J. (1994^c). Global System, Globalization and the Parameters of Modernity, *Cultural Identity and Global Process* (pp 195-233). Londres: Sage.
- Greider, W. (1997). One world, ready or not the manic logic of global capitalism. Simon and Schuster. Nueva York.
- Guimaraes, R. (2001). Tierra de Sombras: Desafíos de la sustentabilidad y del desarrollo territorial y local ante la globalización. *Simposio Internacional Regional, Globalización y Desarrollo* (pp. 1-55). CLAES. Santiago.
- Kottak, C. (1994). *Antropología: una exploración de la diversidad humana*, Madrid: Mc Graw Hill.
- Harris, M. (1979): *El materialismo cultural*. Madrid: Alianza.
- PNUD (1998). *Informe de desarrollo humano*. Santiago.
- Polanyi, Karl, (1994, p. 92).
- Polanyi, K. (1997). *La gran transformación*. Madrid: Ediciones de la Piqueta. (ed. original 1944).
- Rao, M. (1996). Cultura y desarrollo en la era global. *Informe Mundial sobre la Cultura*. UNESCO. Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo Nuestra Diversidad Creativa.
- Rist, G. (1996). *Le developpement. Histoire d'une croyance occidentales*. Paris: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- Robertson (1992). *Globalization. Social Theory and Global Culture*, Londres, Sage.
- Touraine, A. (2001). El fin de la ola liberal, *Desigualdad y globalización. Cinco Conferencias* (pp. 29-42). Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires: UBA, Manantial.
- Van der Staay, A. (1996). La opinión pública y la ética universal: un estudio descriptivo de datos de encuestas existentes. *Informe Mundial de la Cultura. Capítulo 16*, UNESCO.
- Wallerstein, I. (1988). *El capitalismo histórico*. Madrid: Siglo XXI.
- Wallerstein I. (1997). La reestructuración capitalista y el sistema-mundo. *Actas XX° Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*, México.
- Wikipedia. "Los Moken" http://es.wikipedia.org/wiki/Pueblo_Moken.

